

A Roberto Burgos Cantor

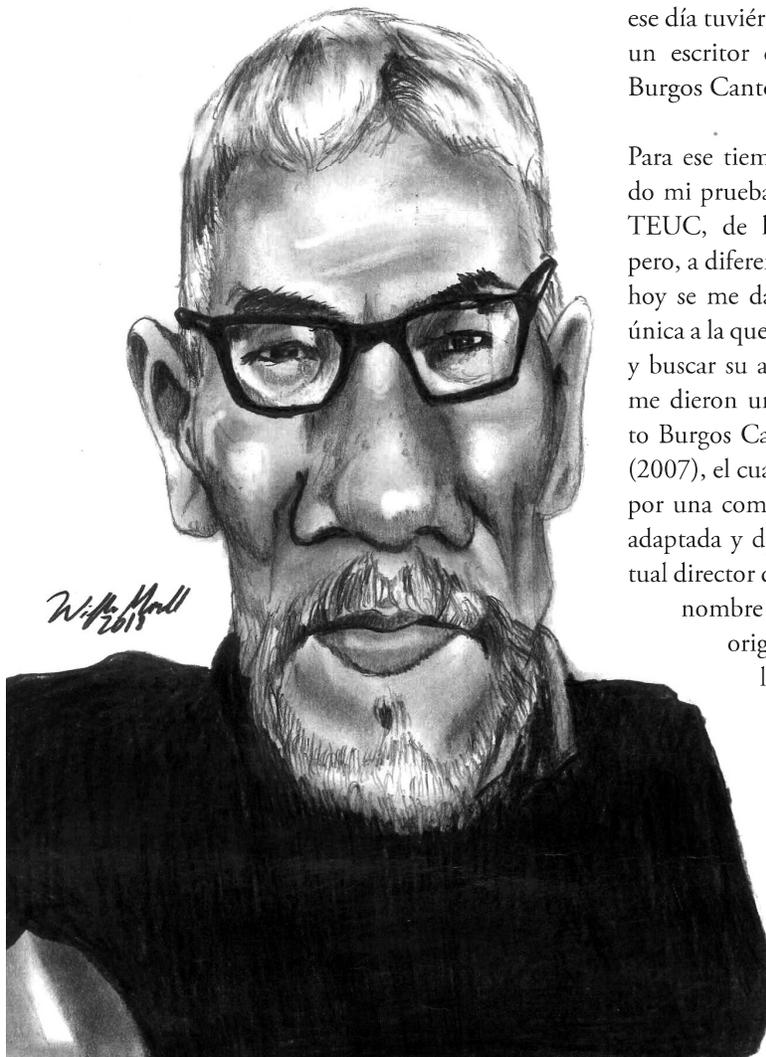
// **Cindy Herrera**

Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

El antiguo claustro de La Merced, antes de ser la bulla momentánea —como todo en este pequeño pueblo cartagenero— de un “descubrimiento”: un aljibe de esos que abundan en muchas de las casas coloniales del centro histórico, y antes de ser el depositario de las cenizas de Gabriel García Márquez, era un portón inmenso que abría sus puertas a estudiantes, visitantes y artistas vivos. En uno de sus salones del segundo piso, el cual se convertiría luego en un montón de oficinas, se presentó, en 2014, una de las últimas ediciones de la colección de escritores del caribe de El reino que aún sigue errante: Pavana del ángel.

Incluso para aquel día, al maestro Roberto Burgos Cantor aún se le veía algunos cabellos negros sobre su cabeza, sonreía y saludaba a la gente con gusto. El compromiso estaba, pero también las ganas de hablar de lo que le gustaba hacer: escribir. Para muchos de los que acudimos a aquella presentación era la primera vez que lo veíamos, y muy posiblemente la primera vez que veíamos a un escritor del Caribe, de esa envergadura, en su tierra. Para nadie es un secreto que, aparte de Gabriel García Márquez como referente del boom latinoamericano, no se lee en las escuelas a otro escritor caribeño, y una reinterpretación de las palabras cristianas sobre lo del profeta en la propia tierra y su mala fama cabría si el problema no fuera que, en Cartagena, ni a mala fama llega un escritor. Era muy probable entonces que muchos de los que estábamos ese día tuviéramos pocas nociones acerca de un escritor cartagenero llamado Roberto Burgos Cantor.

Para ese tiempo yo me encontraba haciendo mi prueba de ingreso al grupo de teatro TEUC, de la Universidad de Cartagena, pero, a diferencia de mis compañeros (y solo hoy se me da por cuestionarme eso) fui la única a la que no le pidieron llevar un poema y buscar su autor para evaluarme, sino que me dieron un capítulo del libro de Roberto Burgos Cantor, *La Ceiba de la memoria* (2007), el cual estaba ya siendo interpretado por una compañera del grupo y había sido adaptada y dirigida por Eparquio Vega, actual director del TEUC. El capítulo lleva por nombre ‘Analía Tu-Bari’, la princesa de origen africano (waganés, según la leyenda) quien fue esclavizada por la corona española y traída a esta tierra de la que ella misma “sabe no va a salir nunca”, y en la que está condenada a “convertirse en un árbol de Ceiba,



[...] una Ceiba guardadora de acciones”. No sé si de verdad haya sido mero azar de la vida, o si mi maestro de teatro quería probar algo con ello, pero haber interpretado un personaje como Analía, realmente da para pensar que los autores son como pequeños dioses que mandan a vivir a solas a sus creaciones, y que estas crecen enseñándoles a otros sus propias historias.

Mi compañera tenía al personaje joven: la fuerte, la que aprende resistiéndose, a la que le duele con el corazón arrugado y quiere volver, la que traduce para sobrevivir; y yo a la vieja y engeguedada, Analía: la que sigue recordando el dolor aprendiendo a vivir con él en resignación, la que sigue los lugares sin verlos ya, a la que le sabe y le resuena el sonido del mar con soledad y nostalgia. A ese personaje, a su princesa negra, Roberto Burgos Cantor le firmó un libro esa noche.

La última vez que lo vi, y quizá fue la última vez que apareció en público aquí en la ciudad. Se dispuso a presentar por primera vez —en el Seminario de Estudios del Caribe, en medio de amigos y colegas, con la jocosidad caribeña que le acompañaba— el manuscrito del primer capítulo de la que hoy sería la razón de otro de sus premios nacionales, *Ver lo que veo* (2017). Fue una voz observadora la que leyó aquella vez, detallada, sensible, oral. Y mientras me colocaba cerca para buscar un

buen ángulo y tomarle una foto que valiera la pena ser guardada, me enfocaba realmente en lo que leía, en el tono de lo que aún parecía no tener nombre. Leer la novela ya terminada fue realmente una isla en medio del caos de esta ciudad.

Casi un año después, cuando me encargaron la dirección de la Revista Estudiantil Espejo del programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena, me decidí a hacerle una entrevista para su edición N°9. Pero el tiempo se burló de nosotros, nos hizo mofa y nos tiró por allá por donde el diablo dejó las chancletas, y justo cuando le envió la entrevista por correo, el autor de *Lo Amador* cae enfermo.

Las inquietudes se quedaron sin contestar, maestro. Supongo que ya estaría tan aburrido de las preguntas de cajón que un buen día mandó todo pal´carajo, pero también he de suponer que le hubiera gustado entrar en otra de las tantas tertulias que a lo largo de su vida tuvo con sus estudiantes, enseñándoles cómo se es feliz escribiendo. Me encontré con uno de ellos, y me dijo de usted: “¡Un talento andante ese hombre en la Nacho!”. Creo que esa apreciación responde a mis preguntas. Usted debió llevar las palabras impresas en la sangre del cuerpo. ■



... al maestro Roberto Burgos Cantor aún se le veía algunos cabellos negros sobre su cabeza, sonreía y saludaba a la gente con gusto.